

otros, espoleando los caballos, se colocan á la izquierda del toril, á la distancia de unos veinte pasos los unos de los otros, dando la espalda á la barrera y lanza en ristre. Aquellos momentos son de agitación, de ansiedad indescriptible: todas las miradas se fijan en la puerta de la cual ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina en la plaza un silencio profundo; sólo se oye el mugido del toro, que avanza de encierro en encierro, en la obscuridad de su vasta cárcel, gritando así: «¡Sangre!» «¡sangre!» Tiemblan los caballos; palidecen los «picadores»; transcurre un instante, suena el clarín, se abre la puerta: un toro enorme se lanza á la pista y un grito formidable, salido á la vez de diez mil pechos, le saluda. Empieza la carnicería.

¡Ah! no es necesario ser de pastaflofa; en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Sólo recuerdo confusamente lo que sucedió en los primeros momentos, porque á decir verdad, yo no sabía dónde tenía la cabeza. El toro se abalanzó contra el primer picador, retrocedió después, volvió á hacer presa y arremetió contra el segundo; si hubo lucha no lo recuerdo; á los pocos instantes el toro se lanzó contra el tercero; después corrió hasta el centro de la plaza, paróse allí y miró. Yo también miré y me cubrí la cara con las manos. Toda la parte de la arena que el toro había recorrido se hallaba cubierta de sangre: el primer caballo yacía en tierra, abierto el vientre y las entrañas fuera; el segundo, con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba un chorro de sangre, iba tambaleándose de un lado para otro; el tercero, tendido en el suelo, hacía inauditos esfuerzos para levantarse; los «chulos», presurosos, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las bridas del caballo muerto, procuraban poner de pie al herido, y una gritería infernal salía de todos los ámbitos de la plaza. Así empieza generalmente es espectáculo.

Los picadores son los primeros que reciben el choque del toro; le esperan á pie firme y le clavan

la lanza entre cabeza y cuello en el momento en que la fiera se baja para arremeter y clavar los cuernos al caballo. Es necesario advertir que la lanza sólo lleva una pequeña punta que no puede abrir una profunda herida y los picadores deben tener una mirada segurísima, un brazo de hierro y un corazón sereno; y no siempre aciertan; es más, lo frecuente es que no acierten, y entonces el toro clava sus cuernos en el vientre del caballo, y el picador da con su cuerpo en tierra. Pero corren los «capeadores», y mientras el toro saca sus pitones de las entrañas de sus víctimas, agitan la capa ante sus ojos, le distraen y hacen que les persiga, dejando seguro al caído para que los chulos le socorran, poniéndole en la silla, si el caballo puede tenerse en pie todavía, ó llevándole á la enfermería, si es que se ha roto la cabeza.

El toro, parado en mitad de la pista, con sus cuernos ensangrentados, mira jadeante á su alrededor, como diciendo: «¿quedan más víctimas todavía?»

Un enjambre de «capeadores» corre á su encuentro y le rodea: le provocan, le enfadan, le hacen correr de un lado á otro, sacuden la capa ante sus ojos, se la pasan por sobre la cabeza, huyen en rápida carrera para volver á provocarlo, huyendo de nuevo en seguida, y el toro persigue á uno y á otro hasta llegar á la barrera, y allí da cornadas furiosas contra las tablas, escarba el suelo, da unos cuantos saltos, muge, vuelve de paso á clavar los cuernos en el vientre de los caballos muertos, se esfuerza en saltar la barrera y recorre la arena en todas direcciones. Durante este tiempo han entrado otros picadores para reemplazar á los que se han quedado sin caballo, colocándose á distancia unos de otros; á ambos lados de la música y del toril, esperando que el toro les embista. Los capeadores le llaman hacia ese lado; el toro, al ver el primer caballo, corre hacia él con la cabeza baja. Pero esta vez su ataque no tiene éxito; la lanza del picador le hiere

en la espalda y le detiene; el toro se obstina, empuja, pero en vano: el picador se mantiene firme, el toro retrocede, el caballo se ha salvado, y resuena una tempestad de aplausos, saludando al salvador. El otro picador no fué tan afortunado: el toro le atacó, sin que tuviera tiempo de clavar la lanza; los formidables cuernos penetran en el vientre del caballo con la rapidez de una espada, se ensaña con la víctima y al poco rato se retira; los intestinos del pobre animal salieron y quedaron pendientes como un saco hasta tocar al suelo; el picador queda montado. En lugar de desmontarse, el picador, viendo que la herida no era mortal, espoleó el caballo y fué á colocarse más lejos, esperando un segundo ataque. El caballo atravesó la pista con los intestinos colgando, pisándolos al andar y estorbando con ello su propia marcha. El toro le siguió algunos instantes y después se detuvo. En aquel momento sonó el clarín: era la señal de retirarse los picadores. Abrióse una puerta y desaparecieron al galope uno tras otro; quedaron en la arena dos caballos muertos y aquí y allá charcos de sangre que los chulos cubrían de arena.

Después de los picadores vienen los «banderilleros». Para los profanos, esta es la parte más divertida del espectáculo, porque es la menos cruel. Las «banderillas» son dos flechas de cerca dos cuartas de largo, adornadas con papel de color y armadas de una de metal, fabricada de tal modo, que una vez ha penetrado en el cuerpo, es imposible arrancarla; el toro, al agitarse y sacudirla, hace que penetre más y más.

El «banderillero» coge dos flechas de esas, una en cada mano, se coloca á unos quince pasos delante del toro y lo provoca, levantando las manos y gritando. El toro se lanza contra él; el bandarillero á su vez, corre al encuentro de la fiera; ésta baja la cabeza para clavarle los cuernos en el vientre, y el torero aprovecha este movimiento, para plantarle las bandarillas en el cuello, y se pone en salvo, saltando apresuradamente

de lado. El toro muge, resuella, se enfurece y persigue á los bandarilleros con espantosa furia; en un instante todos han saltado la barrera, la arena queda vacía. La bestia salvaje, con la boca llena de espuma, los ojos inyectados en sangre, destrozado el cuello, escarba la tierra con furor, se tira contra la barrera, pide venganza, quiere matar, necesita carne. Nadie se atreve á desafiarla; los espectadores gritan:

—¡Adelante! ¡Valor! ¡Otro «banderillero»!

Y éste se adelanta y clava sus flechas; después un tercero, y de nuevo el primero. Aquel día le clavaron ocho. La infortunada bestia, cuando sintió la dolorosa impresión de las dos últimas, dió un mugido prolongado, espantoso, terrible, y lanzándose á la persecución de uno de sus enemigos, le acosó hasta la barrera, la saltó, y cayó con él en el corredor antes citado. Los diez mil espectadores se levantaron á la vez, exclamando:

—¡Está herido!

Pero el bandarillero había salido de la suerte sin un rasguño. El toro corrió adelante y atrás entre las dos barreras, recibiendo una lluvia de palos y puñetazos, hasta que dió con una puerta abierta; salió á la arena, y la puerta se cerró tras él.

Entonces bandarilleros y capeadores volvieron á rodearlo; uno de ellos, pasando por detrás, tórle con violencia de la cola y desapareció como el rayo; otro, corriendo, le enreda la capa en los cuernos; un tercero es tan audaz, que le coge con la mano la ensangrentada divisa; un cuarto, el más temerario de todos, planta una lanza en el suelo, en la misma línea que ha de seguir el toro, corre y da un salto por encima de la fiera, cae al otro lado y tira la lanza entre las piernas del animal estupefacto. Y hacen todo esto con una rapidez de prestidigitador, y una gracia de danzante, como si jugaran con una oveja. Durante este tiempo, la muchedumbre hace retemblar el circo con careajadas, aplausos, gritos de alegría, admiración y terror.

El clarín suena de nuevo; los «banderilleros» han terminado su suerte. Tócale el turno al «espada». Este es el momento solemne, el desenlace del drama. El público se calla, las damas sacan la cabeza del palco y el rey se levanta.

El célebre «Frasuelo», teniendo en la mano la espada y la «muleta», que es un pedazo de trapo colorado, sostenido por un pequeño palo, pisa la arena, y se adelanta hasta el palco real, se quita la montera, y ofrece al rey en frases poéticas, el toro que va á matar; tira luego su montera al aire, como diciendo:

—¡Venceré ó moriré en la lucha!

Y con su brillante cortejo de capeadores, avanza resueltamente hacia el toro. Entonces es cuando empieza una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De un lado la bestia con sus terribles cuernos, su fuerza prodigiosa, su sed de sangre, fuera de sí por el dolor, ciega de cólera, horrible, espantosa, de otro, un joven de veinte años, vestido como un bailarín, á pie firme, sin otra defensa más que una ligera espada. ¡Más de diez mil miradas están fijas en él! El rey le prepara un regalo. ¡Su querida está allí, en un palco, y le mira ansiosa! ¡Mil damas tiemblan por su vida!

El toro se para y le mira: él á su vez mira al toro y agita ante sus ojos el trapo colorado. El toro baja la cabeza para arremeter, el «espada» se ladea, los formidables cuernos rozan su chaqueta, levanta la muleta y el bicho hiere en el vacío. Una tempestad de aplausos resuena en tendidos, gradas y palcos. Las damas miran con sus gemelos, y exclaman:

—¡Ni siquiera está pálido!

Se restablece el silencio: no se oye ni una palabra, ni un murmullo. El audaz torero juega con la muleta ante el furioso animal; se la pasa por sobre la cabeza, alrededor del cuello, por entre los cuernos; hace que el toro adelante, retroceda, salte; se hace embestir diez veces, y otras tantas escapa de la muerte por un ligero movimiento;

deja caer la muleta y la recoge á la vista del animal; se ríe en sus propias barbas, le insulta, le provoca, juega con él. Mas de repente se para, se pone en guardia, levanta la espada y calcula un golpe: el toro le mira, permanecen quietos un instante, y se lanzan uno contra otro al mismo tiempo. Uno de los dos ha de morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo de la punta de la espada á las puntas de los cuernos; diez mil corazones se agitan con ansiedad y terror; los rostros todos están inmóviles; no se oye ni respirar; la inmensa muchedumbre parece petrificada... ¡Este es el instante terrible! El toro arremete y el torero hiere. Un solo grito agudo, seguido de inmensos aplausos, se oye de todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; la fiera tambalea, y echando por la boca un río de sangre, cae de repente al suelo.

El tumulto entonces es indescriptible: la multitud parece frenética. Todos se levantan, gesticulan, y dan voces furiosas; las damas agitan sus pañuelos, aplauden y saludan al torero con el abanico; suena la música; el «espada» vencedor se acerca á la barrera y da la vuelta á la plaza. A su paso, de las gradas, palcos y tendidos, los espectadores, locos de entusiasmo, le tiran á puñados los cigarros, y arrojan á la arena carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á mano. Pocos instantes después, el afortunado torero tiene el brazo lleno de regalos, y pide auxilio á los capeadores. Devuelve los sombreros á los admiradores, da las gracias, responde como puede á los saludos, á los elogios, á los nombres gloriosos que le tributan de todas partes, y llega por fin ante el palco del rey. Este saca del bolsillo una petaca llena de billetes de Banco y se la tira el torero la coge en el aire, y el público prorrumpe en entusiastas aplausos.

Durante este tiempo la música ejecuta la marcha fúnebre del toro; se abre una puerta y salen por ella al galope cuatro soberbias mulas con her-

mosos penachos, borlas y cintas amarillas y encarnadas, guiadas por unos cuantos «chulos». Son las mulas de arrastre que se llevan uno á uno los caballos muertos, y por último, el toro, para dejarlo en una pequeña plaza vecina, donde le espera una horda de pilletes que mojan los dedos en su sangre, siendo después desollado, despedazado y vendido.

La pista queda libre, suena el clarín y retumba el tambor. Un segundo toro sale de su encierro, ataca á los picadores, revienta caballos, ofrece su cuello á los banderilleros y muere á manos del «espada»; y así un tercero, y un cuarto, hasta seis.

¡Cuántas emociones, temblores y sobresaltos durante el espectáculo! ¡Cuántas veces palidece uno de repente! Pero vos, extranjero, vos sois el único que allí tembláis: el muchacho que junto á vos se encuentra, ríe á carcajadas; la joven sentada frente á vos está loca de alegría; la dama del palco vecino dice que nunca se ha divertido tanto...

Necesario es ir á la plaza para aprender el idioma. ¡Oh, qué gritos y qué exclamaciones! Mil distintas veces saludan la aparición del toro: «¡Hermosa cabeza!... ¡Qué preciosos ojos!... ¡Este sí que hará correr sangre!... ¡Anda, que vales un tesoro!» Y le dedican palabras de amor. Si ha muerto un caballo: «¡Bueno!» le dicen. «¡Ved lo que le ha sacado del vientre!» Un picador yerra el golpe, pone la pica donde no debía ó le falta valor para recibir el empuje: ¡infeliz! más le valiera no haber nacido, porque aquello es un diluvio de injurias que ha de escuchar impasible. «¡Gandul!... ¡Embustero!... ¡Anda á la cuadra!... ¡Asesino, hazte matar!...» Y todos se levantan para señalarle con el dedo y amenazarle con los puños cerrados. Pero no para aquí la cosa, pues no falta quien pase á vías de hecho arrojándole á la cara cáscaras de naranja y puntas de cigarro.

Cuando el espada mata el toro de primer intento, escucha palabras de enamorado delirio: «¡Ven aquí, ángel mío! ¡Dios te bendiga, Frascuelo!» y otras por el mismo estilo. Y le firan besos

y le llaman, y le tienden los brazos como para abrazarle. ¡Qué profusión de epítetos, de palabras galantes, de proverbios! ¡Cuánto fuego y cuánta vida!

Pero sólo he narrado la muerte de un toro, y la verdad es que durante la corrida suceden mil distintos accidentes. Aquel mismo día, un toro metió los cuernos en el vientre de un caballo, levantó en alto cabalgadura y jinete, los paseó en triunfo por la plaza y los arrojó por último al suelo como un saco de patatas. Otro toro hirió á cuatro caballos en pocos instantes; un tercero se revolvió con tanta furia contra caballo y picador, que éste al caer dió con la cabeza contra la barrera, perdiendo el sentido. Lo llevaron á la enfermería. Pero no por esto, ni por una herida grave, ni por la muerte de un torero, se interrumpe la corrida. El programa lo dice y no se falta á él por nada del mundo: si uno muere queda otro para reemplazarle.

El toro no ataca siempre: hay algunos cobardes ó recelosos, que llegan hasta el picador, se detienen y huyen después de un rato de indecisión; otros, de «carácter tierno y bondadoso», no responden á las provocaciones, dejan que el picador llegue hasta ellos para plantarles la pica en el cuello y retroceden moviendo la cabeza, como diciendo: «¡Si á mí no me gustan esos juegos!» Y al huír, se vuelven de pronto para mirar con aire de sorpresa el grupo de capeadores que le persiguen, y no parece sino que exclama: «Pero ¿qué demonios quieren ustedes de mí? ¿Les he hecho acaso algún daño? Entonces, ¿por qué no me dejan en paz?»

Mas el público, que no se ablanda tan fácilmente, se desata en imprecaciones contra la sensible bestia, contra el empresario y contra los toreros. Y algún *dilettanti* del toril da la voz de «¡Banderillas de fuego!» y los espectadores de sol responden á la consigna, y luego los de sombra, y las damas de los palcos, y toda la plaza en peso, y ya no se oye más voz que: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Aquel grito va dirigido al alcalde, que es quien manda y dispone. Las banderillas de fuego sirven para enfurecer al toro; son banderillas con un cohete que estalla cuando la punta del dardo penetra en las carnes del toro y quema la herida, causando un dolor atroz que enardece é irrita al animal, haciendo que de cobarde se vuelva temerario y de tranquilo furioso.

Como he dicho ya, es necesario el permiso del alcalde para clavar las banderillas de fuego; si el alcalde niega el permiso, todos los espectadores se levantan, y entonces la plaza ofrece un golpe de vista curioso. Vense diez mil pañuelos que se agitan, como las banderolas de diez regimientos de lanceros, y desde los palcos hasta la arena se forma una línea blanca que ondula. Y resuenan con mayor fuerza que antes las voces de: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!» Entonces cede el alcalde; pero si se obstina, desaparecen los pañuelos y se levantan los puños y los bastones, desafiándose el público en injurias. «¡No sea usted necio! ¡No se burle usted del mundo! ¡Banderillas al alcalde! ¡Fuego al alcalde!»

La agonía del toro es horrible, porque á veces el torero no sabe ó no puede precisar el golpe, y la espada penetra hasta la empuñadura; pero desviándose del camino que debía seguir para llegar al corazón. Y entonces el toro corre por la plaza con la espada metida en el cuerpo, regando el suelo con su sangre, lanzando espantosos mugidos, saltando y dando mil vueltas atribuladas por verse libre de aquel martirio. En aquella carrera impetuosa la espada se desprende de la herida alguna vez; pero en otras penetra más en ella causando la muerte de la fiera.

Muy á menudo el espada ha de dar una segunda estocada, á veces una tercera, y por acaso una cuarta. El toro pierde un torrente de sangre, manchando las capas de los capeadores; y de sangre se llena el espada y se baña la barrera, y la sangre corre por todos lados, y los espectadores, indignados, cubren de injurias al torero. Alguna vez

el toro, gravemente herido, cae al suelo, pero no muere, y allí se queda inmóvil, erguida la amenazadora cabeza, como si dijera: «¡Venid, asesinos, si os atrevéis!» La lucha ha terminado entonces: un hombre misterioso salta la barrera, se acerca con paso furtivo, se coloca detrás del toro, y aprovechando el momento oportuno, le clava un puñal en la cabeza que le penetra hasta el cerebro, y el animal muere. El golpe no siempre es acertado; el hombre misterioso debe repetirlo dos, tres, hasta cuatro veces; pero si tal sucede, la indignación del público estalla como una tempestad, y le llaman ladrón, gandul, asesino, y le desean la muerte, y si lo tuvieran entre manos lo estrangularían como á un perro.

A veces el toro, herido de muerte, vacila un instante antes de morir, y vacilando se aleja á paso lento del lugar donde ha sido herido, para ir á morir en otro sitio apartado: los toreros le siguen paso á paso como un cortejo fúnebre, á cierta distancia. El público sigue con la mirada todos aquellos movimientos, cuenta sus pasos y mide el progreso de la agonía. Un profundo silencio acompaña sus últimos momentos, y su muerte tiene algo de solemne y misteriosa. Hay toros indomables que no doblan la cabeza hasta el momento de dar el último suspiro; toros que echando por la boca torrentes de sangre, amenazan todavía; toros que heridos por diez estocadas, y casi sin sangre en las venas, levantan aún el cuello con soberbio movimiento, y hacen retroceder á sus perseguidores hasta el centro de la plaza; toros que tienen una agonía más espantosa que su primer furor, que se ensañan con los caballos muertos, sacan astillas de la barrera, pisotean con ira las capas esparcidas por la arena, saltan al callejón y dan vueltas á la plaza con la cabeza enhiesta, desafiando con la mirada á los espectadores, cayendo por último para levantarse de nuevo y morir rugiendo.

La agonía de los caballos, menos larga, es más dolorosa. Algunos salen de la brega con una piedad rota; á otros el toro les atraviesa el cuello de parte á parte; otros heridos en el pecho, mueren instantáneamente sin perder una gota de sangre; otros, ciegos de espanto, echan á correr en línea recta, van á dar de cabeza contra la barrera y caen muertos; otros se agitan por largo espacio en un lago de sangre antes de morir; otros, heridos, desangrándose, perdiendo las entrañas, destrozados, galopan aún con desesperada furia, se lanzan contra el toro, caen, se levantan y luchan todavía, hasta que los sacan del circo desgarrados, pero vivos: y entonces les meten los intestinos dentro, les cosen la herida y sirve la pobre bestia para otra vez. Otros, cobardes, cuando ven que el toro se dirige á ellos, tiemblan de pies á cabeza, retroceden, se impacientan, relinchan, resistiéndose á la muerte: ¡y éstos son los que más lástima inspiran! A veces un solo toro mata cinco; á veces también en una sola corrida mueren más de veinte, y los picadores se cubren de sangre, el circo queda sembrado de entrañas humeantes, y los toros se fatigan de tanto matar.

También los toreros tienen sus momentos fatales. Los picadores, á veces, en lugar de caer bajo el caballo, caen entre el caballo y el toro, y éste entonces se precipita sobre ellos para matarlos; el público lanza un grito; pero un capeador arriesgado cubre con la capa los ojos de la bestia feroz, y con riesgo de su propia vida, salva la de su compañero. Con frecuencia en vez de arremeter contra la muleta, más avisado el toro, arremete contra el espada, le busca, le embiste, le persigue, le obliga á tirar el arma y ponerse en salvo, saltando la barrera, pálido y tembloroso. Alguna vez le empuja con la cabeza y le tira al suelo; el espada desaparece entonces entre una nube de polvo, y la muchedumbre exclama: «¡Lo ha matado!» Pero el toro pasa; ¡el espada se ha salvado! A veces el bicho llega de improviso hasta él, lo levanta con la cabeza y lo tira por un

lado. Y no es raro que el toro no deje que el hombre pueda precisar la estocada; el «matador» nunca lo encuentra de frente, y como, según el reglamento, sólo puede herir en tal dirección y de tal manera, el torero se fatiga por mucho tiempo inútilmente, y al fatigarse se expone y corre cien veces el peligro de hacerse matar. Durante este tiempo el público alborota, silba, le insulta, hasta que el pobre hombre, desesperado, resuelve matar ó morir y dirige la estocada como puede. Entonces, ó sale con bien, y es levantado hasta las nubes. ó le falta el golpe y se ve vilipendiado, escarnecido, y ha de sufrir que le tiren cáscaras de naranja, así sea el más intrépido, el más hábil, el más célebre torero de España.

También en el público se suceden mil pequeños incidentes durante el espectáculo. De tiempo en tiempo ocurre una riña entre dos espectadores. Como la gente se halla allí muy apretada, los vecinos reciben algún palo; éstos á su vez levantan el bastón y descargan garrotazo de ciego; el círculo de los golpes se extiende, y pronto la riña se hace general en todo un tendido.

En pocos momentos los sombreros vuelan por el aire, las corbatas se rompen, manan sangre las heridas y una confusa gritería ensordece el espacio. Toda la gente se levanta, los guardias se mueven y los toreros de actores se convierten en espectadores.

Algunas veces es un grupo de jóvenes alegres que se vuelven todos á la vez, gritando: «¡Ya está ahí!»—¿Quién?—Nadie; pero todos los vecinos se levantan, los que están más lejos se suben á los bancos, las damas se asoman á los palcos, y en un abrir y cerrar de ojos, toda la plaza se halla en movimiento. Entonces los bromistas se ríen sonoramente; sus vecinos por no pasar plaza de engañados, le hacen eco, se ríe en los palcos, en los tendidos, en las gradas y diez mil personas ríen.

Otras es un extranjero que ve por vez primera una corrida de toros y se desmaya. La noticia co-

rre de boca en boca con indecible celeridad; todo el mundo busca, todo el mundo grita y se produce una confusión de todos los diablos. O bien un gracioso saluda á un amigo sentado al otro lado del circo, con una bocina, lo que hace el efecto de un trueno. La inmensa muchedumbre de la plaza experimenta en pocos instantes mil sentimientos contrarios; pasa, sin transición alguna, del terror al entusiasmo, del entusiasmo á la compasión, de la compasión á la cólera, de la cólera á la broma, al enojo, á una alegría desenfrenada.

En resumen: es inexplicable la impresión que este espectáculo deja en el alma. Es una mezcla, una confusión de sentimientos de la cual es imposible sacar nada en claro. Hay momentos en que, dominado por el terror, uno quisiera salir de la plaza, jurando no volver á ella en los días de la vida; pero hay momentos también en que, reanimado, maravillado, ebrio, uno quisiera que el espectáculo no terminara nunca. Á lo mejor os parece que os vais á desmayar; pero de repente, lo mismo vos que vuestros vecinos, os echáis á reír y prorrumpís en gritos y aplausos. La sangre no circula por vuestras venas, pero os exalta el maravilloso valor del hombre; el peligro os oprime el corazón, pero la victoria os causa inmensa alegría; poco á poco esa fiebre que agita á la muchedumbre se apodera de vosotros, hasta el extremo de que os desconocéis, porque sois otro, porque vosotros mismos sentís accesos de cólera, de ferocidad, de entusiasmo; y os sentís fuerte y audaz, y la lucha enardece vuestra sangre y el brillo de la espada os causa temblor. Y después esos millares de caras, ese ruido, esa música, esa sangre, esos profundos silencios, esos tumultos súbitos, el espacio, la luz, los colores, ese no sé qué grandioso, fuerte, cruel, magnífico, os enardece, os aturde, os transforma...

Es hermoso ver salir á la gente: diez torrentes se precipitan por las diez puertas y llenan en algunos minutos el barrio de Salamanca, el Prado, el paseo de Recoletos, la calle de Alcalá. Mil-

llares de coches esperan en los alrededores del circo; por espacio de una hora, por cualquier lado que uno se vuelva, no ve más que un hormiguero. Todo el mundo camina en silencio, porque todos están impresionados; no se oye más que el ruido de las pisadas, como si la gente desapareciera furtivamente; una especie de tristeza ha venido á reemplazar la pasada alegría. De mí sé decirlo, que la primera vez que salí de aquel circo, apenas tenía fuerzas para caminar; la cabeza me daba vueltas como unas devanaderas, me zumbaban los oídos y por todas partes veía cuernos, ojos inyectados en sangre, caballos muertos, espadas relucientes. Seguí el camino más corto para llegar á casa y una vez en ella me eché en la cama, quedándome profundamente dormido. Al día siguiente la dueña de la casa vino presurosa á preguntarme:

—¿Qué tal? ¿Qué le parecieron á usted los toros? ¿Se divirtió usted mucho? ¿Volverá usted á la plaza?

—No sé—le contesté;—me parece que he soñado; más tarde le hablaré á usted de eso, porque necesito pensarlo.

Llegó el sábado, vispera de la segunda corrida.

—¿Irá usted?—me preguntó la patrona.

—No—le respondí, pensando en otra cosa.

Salí de casa y tomé la calle de Alcalá. Sin pensarlo me encontré ante el despacho de billetes. Había allí mucha gente.

—¿Iré?... ¿Sí?... ¿No?...

—¿Quiere usted una entrada?—me preguntó un muchacho.—«Un asiento de sombra, tendido número seis, barrera, quince reales».

Y le contesté:

—¡Dámela!

Mas para comprender el carácter de semejante espectáculo es necesario conocer su historia. No se sabe á punto fijo cuándo tuvo lugar el primer combate de toros. Cuenta la tradición que fué el «Cid Campeador» el primero que descendió á

la arena con la lanza y desde su caballo mató la terrible bestia.

Después los jóvenes de la nobleza se entregaron con ardor á este ejercicio; en todas las fiestas solemnes había corridas de toros, y sólo la nobleza podía tomar parte en aquellas luchas. Los mismos reyes bajaron al circo.

Durante la Edad media fué el espectáculo favorito de la corte y el ejercicio predilecto de los guerreros, no sólo en España, si que también entre los árabes; unos y otros rivalizaban en la arena como en el campo de batalla.

Isabel la Católica quiso prohibir las corridas de toros, porque una que había visto la causó inmenso horror; pero los numerosos y elevados partidarios de ese espectáculo le hicieron abandonar el proyecto.

Después del reinado de Isabel, las corridas tomaron mucho incremento. El mismo Carlos V mató con su propia mano un toro en la plaza de Valladolid; Fernando Pizarro, el célebre conquistador del Perú, era un arrogante «torero»; el rey don Sebastián de Portugal conquistó muchos laureles en la pista; Felipe III hizo embellecer la plaza de Madrid; Felipe IV luchó en ella; Carlos II fué gran protector de la tauromaquia; bajo el reinado de Felipe V se construyeron muchos circos por orden del gobierno. Pero el honor de torear ha correspondido siempre á la nobleza; sólo se toreaba á caballo, y con hermosísimos caballos, sin que se derramara más sangre que la del toro.

Hacia la mitad del último siglo fué cuando el espectáculo del toreo se extendió al pueblo, apareciendo los «toreros» propiamente dichos, artistas de profesión que combatían á pie y á caballo.

Desde entonces el espectáculo se hizo nacional y el pueblo acudió á él con entusiasmo.

El rey Carlos III lo prohibió; pero su prohibición no hizo más que cambiar el entusiasmo popular, como dice un cronista español, en una afición epidémica.

El rey Fernando VII, apasionado por los toros, instituyó una escuela de tauromaquia en Sevilla; Isabel II fué más entusiasta que Fernando VII, y Amadeo primero, según se dice, no lo fué menos que Isabel.

Al presente el «toreo» se halla en España más floreciente que nunca; hay más de cien propietarios que crían toros para los espectáculos; Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia, Jerez, Puerto de Santa María, tienen circos de primer orden. Existen más de cincuenta circos pequeños capaces para contener de tres á nueve mil espectadores. En los pueblos donde no hay circo, se verifica la corrida en la plaza pública.

En Madrid se celebran todos los domingos; en los demás puntos con tanta frecuencia como pueden, y en todas partes atraen un inmenso concurso de gente de los pueblos vecinos, villas, campos, montañas, islas y hasta del extranjero.

No todos los españoles, á decir verdad, se vuelven locos por este espectáculo: muchos no asisten jamás á ellos; y otros muchos, no sólo lo desaprueban y condenan, sino que quisieran verlo desterrado de España. Algún periodista lanza de vez en cuando un grito de protesta; algún diputado, al día siguiente de la muerte de un torero, habla de interpelar al gobierno; pero todos son enemigos débiles y tímidos. Al contrario, se escriben apologías de las corridas de toros, se construyen nuevos circos, se renuevan los antiguos y se hace burla de los extranjeros que declaman contra la barbarie española.

Las corridas de toros no se celebran sólo en verano; pero fuera de esta estación, el espectáculo no es el mismo. Durante el invierno en la plaza de Madrid hay función todos los domingos: no son los fogosos toros del verano, ni los grandes artistas que toda España admira; son toros pequeños, de poco coraje, y toreros inexpertos. Siempre, con todo, es un espectáculo, y aunque á él no acudan ni el rey ni la alta sociedad, no por ello queda la plaza vacía. Se vierte poca sangre,

sólo se matan dos toros y termina el espectáculo con fuegos artificiales; es una diversión, como dicen con desprecio los «taurófilos» apasionados, propia de criadas y chiquillos. Pero estos espectáculos de invierno ofrecen un episodio sumamente divertido. Cuando los toreros han despachado á los «toros de muerte», la pista queda á disposición de los *dilettanti*; de todas partes salta gente á la arena y en un minuto se encuentran en ella un centenar de toreros, estudiantes y pilletes, los cuales, éste con una capa, aquél con un tapabocas y el de más allá con un trapo cualquiera, se colocan á derecha é izquierda del toril. La puerta se abre, un toro con los cuernos embolados se lanza á la pista y entonces comienza un tumulto indescriptible. La muchedumbre rodea al toro, le persigue, le tira de acá y de allá, le «capea» con mantas y tapabocas, le provoca y atormenta de mil maneras, hasta que no pudiendo más el pobre animal, se le retira de la arena, saliendo otro en su lugar.

Increíble parece la audacia con que los pilletes se lanzan sobre el toro, le tiran de la cola y le saltan encima, y la maestría inexplicable con que evitan los golpes de la bestia. Alguna vez el toro, volviéndose de improviso, coge á alguno, lo derriba, lo arroja en alto, levantándolo con los cuernos; á veces también de una sola arremetida, besan el santo suelo media docena de aficionados, y entonces hombres y bicho desaparecen envueltos en una nube de polvo, y el espectador cree por un instante que alguno ha sido muerto. ¡Pero no hay peligro! Los valientes «capeadores» se levantan con los huesos molidos y la cara cubierta de polvo, se sacuden y vuelven al ejercicio.

No es éste el más bonito episodio de los espectáculos de invierno. Algunas veces, en lugar de «toreros», son «toreras» las que luchan con el toro; mujeres vestidas como bailarinas callejeras; figuras ante las cuales no los ángeles, sino el mismo Lucifer,

*Haría de sus alas
una visera*

Las «picadoras» van montadas en asnos; la «espada» (la que yo vi era una vieja de sesenta años, llamada la «Martina»), la «espada» á pie, con el arma y la «muleta», lo mismo que el más intrépido matador del sexo feo; y toda la cuadrilla, acompañada de un gran cortejo de «chulos» con grandes pelucas y sendas gibas. ¡Por cuarenta pesetas esas desdichadas arriesgan la vida! Un toro, cierto día que asistí á ese espectáculo, rompió un brazo á una «banderillera» y destruyó la ropa de otra, si bien la dejó en mitad del circo con lo necesario para no quedar al descubierto lo que necesariamente debe estar siempre tapado.

Después de las mujeres, las bestias feroces. En distintas épocas se ha hecho luchar el toro con leones y tigres; una de esas luchas tuvo lugar en Madrid no hace muchos años. Notable fué la que el conde-duque de Olivares hizo verificar, si mal no recuerdo, para celebrar los días de don Baltasar Carlos de Austria, príncipe de Asturias. El toro luchó con un león, un tigre, un leopardo y los venció á todos.

En combates recientes, el tigre y el león llevaron también la peor parte: uno y otro se arrojaron impetuosamente sobre el toro; pero antes de llegar á él para hacer presa, fueron traspasados por los terribles cuernos del bicho, cayendo en tierra bañados en un mar de sangre.

Sólo un elefante, un elefante enorme que vive todavía en los jardines del Retiro, alcanzó la victoria. Le atacó el toro, pero el elefante no hizo más que aplicarle la trompa sobre el espinazo y apretar un poco: la presión fué tal, que el infortunado combatiente quedó aplastado.

Fácil es imaginar, por consiguiente, cuánta destreza necesita el hombre y cuánto valor y fuerza de espíritu imperturbable, para desafiar con una espada á un animal que mata al león, ataca al elefante, y que desgarrá, rompe, destruye y, en-

sangrienta cuanto toca. ¡Y hay hombres que le desafían todos los días!

No se crea que los toreros sean artistas que se puedan confundir con los saltimbanquis y por los cuales el pueblo no sienta otra cosa que admiración. El torero es respetado fuera de la plaza; goza la protección de los jóvenes de la aristocracia; va al teatro en palco, frecuenta los cafés más elegantes y le saludan atentamente por la calle las personas de calidad.

Los espadas ilustres, como «Frascuelo», «Lagar-tijo» y «Cayetano», ganan la bicoca de algunas decenas de miles de francos al año, tienen casa propia y hoteles, visten con lujo, gastan un dinerito en sus trajes, cubiertos de oro y plata, viajan como príncipes y fuman cigarros de la Habana.

Su traje, fuera de la plaza, es sumamente curioso: un sombrero de terciopelo negro, una ajustada chaqueta desabrochada que no les llega hasta el pantalón; un chaleco abierto hasta la cintura que deja ver una camisa blanca y sumamente fina; la corbata con un nudo; una faja de seda encarnada y azul; unos pantalones apretados como mallas de bailarín; unos zapatos de piel marroquí, con bordados; una pequeña trenza ó cola que les cae sobre la espalda, y botones de oro, cadenas, diamantes, sortijas, una tienda de bisutería sobre su persona.

Muchos tienen caballo de montar, algunos coche, y cuando no matan, se pasean siempre por el Prado, la Puerta del Sol, por los jardines de Recoletos, con su mujer ó su querida espléndidamente vestidas.

Sus nombres, sus fisonomías, sus aventuras, los conoce el pueblo mejor que los nombres y las aventuras de los ministros del Estado.

«Toreros» en las comedias, «toreros» en los cuadros, «toreros» en los escaparates de los vendedores de estampas; estatuas que representan «toreros», abanicos con retratos de «toreros», pañuelos con

efigies de «toreros»; uno les ve, les entrevé y los vuelve á ver por todas partes.

El oficio de torero es el más lucrativo y honroso á que puede aspirar un hijo del pueblo. Muchos lo siguen, con efecto, pero pocos sobresalen; en su mayor parte sólo llegan á medianos «capeadores»; pocos logran ser «banderilleros» hábiles, y mucho menos todavía «picadores» de fama.

Sólo por raro privilegio de la naturaleza y de la suerte se llega á ser un buen «espada»; es necesario venir al mundo con ese destino. Se nace «espada» como se nace poeta.

Son pocos los que han sido muertos por el toro, tan pocos, que se pueden contar con los dedos; pero en cambio son numerosos los estropeados, los mutilados, los que han quedado inútiles para torear. Y se les ve por la villa, apoyados en bastones ó muletas, éste sin un brazo, aquél sin una pierna.

El famoso «Tato», que fué el primero de los toreros contemporáneos, perdió una pierna; durante los pocos meses que permanecí en España, un «banderillero» fué casi muerto en Sevilla, un «picador» herido gravemente en Madrid, «Lagar-tijo» mal parado, y tres «capeadores» aficionados, muertos en un pueblo. Apenas habrá un torero que no haya regado la arena con su sangre.

Antes de salir de Madrid, quise hablar con el célebre Frascuelo, el príncipe de los «espadas», el ídolo del pueblo madrileño, la gloria del arte. Un genovés, capitán de buque, que le conocía, se encargó de la presentación; fijamos día y nos encontramos en el café Imperial de la Puerta del Sol. Me río ahora al recordar la emoción que experimenté cuando vi al diestro aparecer á lo lejos y dirigirse hacia nosotros. Iba vestido con mucho lujo, cargado de dijes y resplandeciente como un general en día de gala. Atravesó el café, mil cabezas se volvieron, mil miradas se fijaron en él, en mí, en mi compañero; me sentí palidecer.

—El señor Salvador Sánchez (Frascuero es su apodo).

Y después, presentándome á Frascuelo:

—El señor de tal, vuestro admirador.

El ilustre matador se inclinó, saludéle yo, nos sentamos y empezamos á hablar.

¡Qué hombre más singular! Al oírle, nadie le creería capaz de traspasar una mosca con un alfiler. Es un joven de veinticinco años, de estatura regular, delgado, moreno, guapo, de mirada penetrante y sonrisa de hombre distraído. Preguntéle mil cosas referentes á su arte y á su vida; me contestaba con monosílabos y era necesario arrancarle una á una las palabras de la boca, á fuerza de preguntas.

Respondía á los elogios mirando modestamente la punta de sus pies.

Preguntéle si había sido herido alguna vez. Tócase una rodilla, una pierna, el pecho y la espalda, y díjome:

—Aquí, y luego aquí, y más tarde aquí, y no hace mucho aquí—y se sonreía con la sencillez de un niño.

Me escribió la dirección de su casa, rogándome que fuera á verle, me ofreció un cigarro y se marchó.

Tres días después, en la corrida, me hallaba sentado junto á la barrera; pasó por delante de mí recogiendo los cigarros que le habían tirado los espectadores. Yo le tiré un cigarro de Milán, de esos que tienen una paja dentro; tomólo, lo miró, sonrióse y buscó quién se lo había tirado. Yo le hice una seña, me vió y exclamó: «¡Ah! ¡El italiano!» Me parece que lo estoy viendo: llevaba un traje gris cubierto de oro, y tenía una mano manchada de sangre...

¡Vaya un resumen, un juicio final sobre las corridas de toros!—exclamarán mis lectores.

—¿Son una cosa bárbara, indigna de un pueblo civilizado? ¿Es un espectáculo que endurece el corazón? ¡Decidlo sin ambages!—¿Sin ambages?—Yo no quiero, contestando negativamente, atraer

sobre mi cabeza un diluvio de invectivas; ni quiero tampoco, al responder afirmativamente, poner en manos de nadie el látigo con que haya de ser fustigado; pero debo confesar que fui á los toros todos los domingos. He narrado y descrito: el lector, por tanto, conoce el espectáculo como yo: que él sea juez, y déjeme á mí tranquilo.

*

Vi en Madrid la famosa ceremonia fúnebre que se celebra todos los años el día 2 de Mayo, en honor de los españoles que murieron combatiendo y de los que fueron pasados por las armas por los soldados franceses, hace sesenta y cinco años, en esa espantosa jornada que llenó de horror á Europa, y que hizo estallar la guerra de la Independencia.

Al amanecer, el cañón hace salvas, y en todas las parroquias de Madrid y ante un altar levantado junto al monumento fúnebre, se rezan misas por el alma de los que murieron por la patria. La ceremonia consiste en una procesión solemne, que por lo regular sale del palacio real: la comitiva oye un sermón en la iglesia de San Isidro, donde reposan, desde 1840, los restos de las víctimas, y se dirige después al monumento para oír misa.

En las calles que ha de seguir la procesión, se hallan formados en parada batallones de voluntarios, regimientos de infantería, escuadrones de coceros, guardias civiles de á pie, artilleros y cadetes. Por todas partes resuenan cornetas, tambores y músicas militares; vese á lo lejos, por entre la muchedumbre, un continuo vaivén de sombreros de generales, plumas de ayudantes, banderas, espadas; vense los coches del Senado y del Congreso, grandes como carros de triunfo, dorados hasta las ruedas, adornados de terciopelos y sedas, sobrecargados de franjas y borlas, y tirados por soberbios caballos con penachos. Las ventanas de todas las casas están adornadas con

tapicerías y flores; todo el pueblo de Madrid se halla en movimiento.

Vi pasar la procesión por la calle de Alcalá. Iban primero los cazadores de la milicia ciudadana, á caballo; después los alumnos de todos los colegios, de todos los asilos, de todos los hospicios, de Madrid, dos á dos; había millares de ellos; después los inválidos del ejército, unos con muletas, otros con la cabeza vendada, otros sostenidos por sus compañeros y otros decrepitos, casi llevados en andas: soldados, generales con uniformes de antaño, cubierto el pecho de condecoraciones y cintas, largas espadas y sombreros con plumas; después una muchedumbre de oficiales de todos los cuerpos, relucientes de oro y plata y vestidos de mil colores; detrás los altos funcionarios del Senado, los diputados provinciales, los diputados del Congreso, los senadores, los heraldos del municipio y de las Cámaras, con anchas togas de terciopelo y broches de plata; todos los empleados del municipio, todos los alcaldes de Madrid, vestidos de negro, con sus medallas; por último, el rey, en traje de general, á pie, acompañado del primer alcalde, del capitán general del distrito, de generales, ministros, diputados, oficiales de órdenes, ayudantes, todos con la cabeza descubierta.

Cerraban la marcha cien guardias á caballo, deslumbradores como guerreros de la Edad Media; la guardia real á pie, con un gran sombrero de piel, al estilo de la guardia imperial, casaca con faldones de golondrina, pantalón blanco, dos largos tahalís cruzados sobre el pecho y polainas negras hasta las rodillas, espada, cordones, franjas, broches y borlas; más voluntarios después, soldados de infantería y artillería, y pueblo.

Todos marchaban lentamente; repican las campanas, suenan las músicas, el pueblo está silencioso; y esta reunión de niños, de pobres, de curas, de prelados, de magistrados, de veteranos inválidos, de grandes de España, ofrece un aspecto

noble y magnífico que inspira á un mismo tiempo ternura y respeto.

La procesión desemboca en el Prado y se dirige al monumento. Un gentío inmenso invade paseos, campos, jardines. Las señoras están de pie en los coches, sobre los asientos y en los bancos de piedra, con sus hijos en brazos; muchos curiosos se suben á los árboles y á las azoteas. A cada paso banderas, inscripciones fúnebres, listas de las víctimas del 2 de Mayo, poesías fijadas en los troncos de los árboles, estampas representando episodios sangrientos, guirnaldas, crucifijos: mesas con bandejas para recibir limosnas, cirios encendidos, retratos, estatuas, juguetes de niños figurando el fúnebre monumento; por todas partes recuerdos de 1808, emblemas, señales de luto, de fiesta, de guerra. Casi todos los hombres van vestidos de negro, las mujeres elegantísimas, arrastrando los vestidos y con la clásica mantilla. Numerosos forasteros acuden de todos los pueblos en traje de fiesta, y en medio de todo esto se escuchan los atronadores gritos de los vendedores de agua, de los guardias y de los oficiales.

El monumento del Dos de Mayo, que se levanta en el mismo sitio donde mayor número de españoles fueron fusilados, por más que no tenga un valor artístico igual á su reputación, es (sirviéndome de una expresión vulgar), imponente, muy sencillo, y según opinión de muchos, pesado y sin gracia; pero en él se fijan los ojos y el pensamiento, hasta sin saber lo que representa; á primera vista se comprende que en aquel sitio debió haber ocurrido algo terrible.

Sobre una base octógona de granito, con cuatro gradas, se levanta un grandioso sarcófago cuadrado, adornado de inscripciones, blasones y un bajo-relieve que representa á los dos oficiales españoles muertos el día 2 de Mayo defendiendo el Parque de artillería. Sobre el sarcófago se alza un pedestal de orden dórico que sostiene cuatro estatuas, simbolizando el «Patriotismo», el «Va-